

CONSIDERACIONES EN TORNO AL CÓMO SE CONOCE EN CIENCIAS SOCIALES

Carmen Solórzano

Resumen

Esta colaboración comenta dos momentos que en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales ha vivido la reflexión sobre el proceso de producción del conocimiento: mediados de la década de los setenta y fines de los noventa. Las condiciones en que se desarrollaban las clases y las características de las discusiones entre profesores y alumnos son abordadas tomando el marco del momento económico y político en México.

Abstract

This script comments some moments that Facultad de Ciencias Políticas y Sociales have concerned the reflection from knowledge production: In the middle of 70's & ending of the 90's. The conditions in which classes where developed and characteristics of discussions between teachers and students, are taken as a reference of economic and political moment which lived Mexico.

La lectura del libro *La fuerza de la razón. Introducción a la filosofía de Karl Popper*, me ha brindado la oportunidad para reflexionar, una vez más, sobre temas de central importancia y actualidad para el quehacer de la Ciencia Social.

Si bien quienes trabajamos en la academia nos enfrentamos constantemente, yo diría casi a diario, y a través de muchas formas con la pregunta ¿cómo se conoce?, los motivos y las circunstancias que envuelven los cuestionamientos, indagaciones y búsqueda de respuestas a esta pregunta central son, por lo general, distintos.

Es muy satisfactorio que el motivo que ahora nos ocupa sea la discusión en torno a un libro resultado del arduo trabajo de un colega, amigo y compañero de adscripción a la Coordinación de Ciencia Política de nuestra Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

Quiero aprovechar mi participación en esta mesa para compartir con ustedes las circunstancias políticas de varias ocasiones, muy importantes para mí, ya que quedaron marcadas como experiencias académicas en las que más tarde, se inscribieron mis reflexiones sobre el “cómo se conoce en Ciencias Sociales”.

La primera ocasión se dio en un salón de la planta baja del antiguo edificio de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, mi primera clase como alumna de la carrera de Sociología, en aquella escuela que parecía un enjambre a la hora del cambio de clases, pero donde precisamente por el constante cruce de los estudiantes en los pasillos, todos nos conocíamos, o al menos esa sensación teníamos, quizá nuestros rostros eran familiares, y no estaban asociados a ningún nombre en particular, y menos a una forma de vestir o andar, pero sí a un comportamiento determinado, a una forma de hablar, todos sabíamos de las inquietudes de cada uno, de las preguntas que hacíamos en clase, de quiénes leían y cumplían con las tareas y sobre todo de quiénes eran los más rebeldes y que cuestionaban al sistema.

En aquel edificio chiquito (entre la Facultad de Economía y la que entonces era la Torre de Ciencias, donde estaban los “verdaderos científicos”), nos sentíamos seguros por la libertad de horizontes desconocidos hasta entonces que se nos abrían y en los que nos atrevíamos a expresar nuestras preocupaciones.

Aquel espacio en donde ya no cabíamos ante el crecimiento de la matrícula y sin embargo en el que nos movíamos con entera libertad, a cada cambio de clases; esos pasillos, llenos de voces y alegría estudiant-

til, eran más que un refugio, pasábamos horas enteras después de terminadas las clases, en las bancas de cemento, o en la barda de piedra, (sin importarnos lo incómodo) con tal de seguir discutiendo lo visto en clase, nos alimentábamos de ideas y aprendíamos a defender las propias, con argumentos tomados de las últimas lecturas hechas.

Los entonces estudiantes nos arremolinábamos: unos trataban de alcanzar el patio; otros desesperadamente intentaban ganar una silla, ante el riesgo de escuchar la siguiente clase de pie, sentado en el suelo o sobre la incómoda paleta de la silla ganada por un compañero más hábil que uno, en el arte del empujón. Terminaba el primer quinquenio de la década de los setenta, yo iniciaba el segundo semestre de la carrera de Sociología, en una materia que tenía por nombre, precisamente, “Lógica de la Investigación Científica”.

Todo aquello era novedoso para mí, lo que se discutía y el modo como se discutía. Nunca antes había visto a un estudiante discutir en plena clase con el profesor y menos con la pasión con que aquellos estudiantes lo hacían; defendían la “Dialéctica” como el método marxista del conocimiento: la tesis, la antítesis, la síntesis; tachaban furiosamente al profesor de “revisionista” por afirmar, desde una perspectiva marxista también, que sus planteamientos sobre la “Dialéctica” no formaban un método sino una ideología que impedía el conocimiento científico. Aquellos estudiantes y muchos otros de ese curso, eran miembros de la primera generación egresada del CCH, que tenían por característica el de ser críticos.

En el entorno político nacional, el modelo económico se acercaba aceleradamente a su agotamiento, la rigidez del sistema político circunscribía al ámbito universitario la discusión sobre la necesidad de cambios en el país.

Poco tiempo después vivimos la devaluación monetaria de 1976 que inició, formalmente, la crisis del modelo económico. Casi enseguida comenzó el largo proceso de reformas legales que han propiciado el cambio político en México.

Han pasado muchos años desde aquellas clases tan polémicas en la Facultad. Incluso hemos dejado atrás casi en el olvido ese jardín lleno de

árboles en donde esperábamos las clases vespertinas y desde donde se podía ver la explanada con la Torre de Rectoría hacia lo alto. No sé si es por el tiempo o por la distancia, pero en aquel entonces me parecía magnífica, ahora es un edificio más dentro del viejo circuito.

Nos hemos cambiado de instalaciones y ya no se ve la Rectoría ni los problemas que nos quitaban el sueño leyendo y estudiando. Hoy en día se discuten con otros problemas, con otras teorías, con menos pasión. La discusión política ya no se reduce al ámbito universitario. Está dentro y fuera de la Universidad ante la urgente necesidad social de ofrecer nuevas formas a la acción gubernamental.

Es en este contexto en que he leído *La fuerza de la razón. Introducción a la filosofía de Karl Popper*, del Dr. Enrique Suárez-Íñiguez.

Los planteamientos de Karl Popper sobre el cómo se conoce en ciencias sociales, han sido y siguen siendo fundamentales para el avance del conocimiento científico y siguen proporcionando guía para nuevas investigaciones.

Sin embargo, no comparto el enfoque de Enrique Suárez-Íñiguez sobre el marxismo, en cuya perspectiva inicié mi trabajo de investigación y reflexión teórica y a la cual creo que no se reduce la posición expresada en *La fuerza de la razón*. Pienso, sin embargo, que muchas de las críticas expresadas en el texto son justas.

Considero que más importante que hablar de las diferencias es hacerlo de las coincidencias.

Mencionaré sólo algunas. La primera, como se podrá suponer, está en lo que se refiere a las características, fines y objetivos de la investigación científica.

Otra se centra en las ideas de Popper sobre un aspecto, crucial, en el terreno de lo político: la necesidad de una ética en los gobernantes; la importancia de virtudes en los individuos que gobiernan para que puedan cumplir con el papel que les corresponde.

Una coincidencia más está en lo urgente de trabajar en la evaluación y reforma de las instituciones y las leyes para garantizar mayor justicia económica, social y política.

No podemos dejar de mencionar a la educación como indispensable

para abrir espacios a la libertad de pensamiento. De los aportes de Popper, éstos son, a mi parecer, los centrales.

La discusión sobre cómo se conoce en Ciencias Sociales es siempre apasionante. Quizá porque el objeto de estudio somos nosotros mismos y porque participar en ella exige posición teórica y política. *La fuerza de la razón* de Enrique Suárez-Íñiguez nos hace participar nuevamente en la polémica, y de alguna manera revivir esos años de estudiantes, volver a ejercitar la crítica a la que estábamos tan acostumbrados, la que nos motivaba a seguir estudiando.

Al leer este trabajo del Dr. Suárez-Íñiguez, se vuelve a hacer presente la pasión de tener una posición teórica y política y de ser congruentes con nuestras actitudes en relación con el pensador a quien se refiere el texto, con la del autor, y también, desde luego, con la del lector.

Es un llamado a ser conscientes de nuestra responsabilidad y compromiso con nuestros conocimientos, incluso en los tiempos difíciles que estamos viviendo en nuestra Universidad, sabemos que al asumir una determinada posición respecto a la forma como determinemos el conocimiento, tendremos consecuencias que debemos aceptar.

La responsabilidad de esforzarnos para que sobre la fuerza de la pasión prive la fuerza de la razón. Un libro que conduce a ello es, sin duda, un buen libro. Por todo lo anterior los invito a leerlo.